

46
CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES.

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55 y 56.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno octavo de ocho entregas.

L47
2224

EL MANUSCRITO

UNA MADRE.

NOVELA DE COSTUMBRES.

DE

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TRAZADAS A PLUMA Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Pizarro.

Entregas 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55 y 56

MADRID.

JOSE ASTOR Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hilerías, número 14.

1875.

Cada uno octavo de ocho entregas.

—Así lo creo, atendidas las condiciones especiales de mi ahijado. Creo por consiguiente mas oportuno buscarle un buen amigo.

Y el conde se sonrió de un modo harto malicioso, haciendo al mismo tiempo un signo de inteligencia á su secretario.

—¡Ah! si yo pudiese arrancarme treinta años,—dijo Castro agitando de un modo espresivo la cabeza,—de seguro que antes de quince dias cambiarian los pensamientos de Daniel.

—En cuanto á eso, no tendria usted que hacer grandes esfuerzos para persuadirme. Un hombre de las intenciones de usted y jóven como Daniel, es lo que nos falta; la amistad á los veinte años es expansiva, y lo que no consigue un amigo íntimo, no lo consigue nadie. Además yo abrigo la esperanza de que no transcurrirá mucho tiempo sin que Daniel deje de ser un amante platónico de Clotilde.

Y el conde, fijando una mirada penetrante en su secretario, añadió:

—Los celos cambian por completo el carácter de la criatura; es preciso, señor Castro, que me busque usted un jóven que se tome la molestia todas las tardes de galopar cerca de la carretela de Clotilde y dirigirle los gemelos en el teatro. Usted conoce muchos hijos de familia, y he oido decir que hace usted con ellos algunos negocios, por lo tanto no ha de serle difícil encontrar lo que nos hace falta.

—Sí, efectivamente, conozco muchos hijos de familia

que devoran en vida de sus padres la herencia que han de poseer despues de muertos.

—¡Oh! esos son buenos parroquianos para los hombres de negocios, que no dan oidos á la voz de la conciencia. Vamos á ver: busque usted en su imaginacion el hombre que nos hace falta.

—Antes debo advertir al señor conde, que esa comedia que nos proponemos representar puede tener fatales consecuencias.

—¿Un desafio? Eso no vale la pena.

—Puede suceder otra cosa peor.

—Esplíquese usted.

—Supongamos que el jóven á quien yo le doy la comision de galantear á la hija del general Lostan, logre ser simpático á Clotilde, y lo que ha comenzado con una broma, concluye con un casamiento.

—Todo es posible tratándose de una mujer, pero es bastante difícil. Primeramente, porque Daniel, aunque no ha declarado su amor á Clotilde, está persuadido de que no le es indiferente, y segundo, porque nosotros, que estamos enterados de los progresos de esa galantería fingida, evitaremos por todos los medios que estén á nuestro alcance, que el negocio tenga un mal resultado. Conque, querido señor Castro, es preciso no perder tiempo, y esta tarde necesito que Daniel tenga un rival. Lo demás queda á mi cargo.

—¿Tiene algo mas que mandarme el señor conde?

—Espero que vendrá usted á darme cuenta de su entrevista con ese jóven desconocido, á quien po-

demos llamar desde ahora el rival de mi ahijado.

—Son las once de la mañana. Voy á verle, y volveré al momento á enterar de todo al señor conde.

—Tenga usted la bondad de decirle á mi ayuda de cámara que voy á vestirme.

Una hora despues el conde de la Fé y Daniel se hallaban almorzando en el comedor.

Desde el primer dia don Fernando habia procurado establecer su confianza íntima entre él y su ahijado.

Otro jóven menos acostumbrado que Daniel á respetar á los ancianos y á la modestia, se hubiera tomado grandes libertades con aquel viejo, en cuyos labios se hallaban siempre palabras poco en armonía con la respetabilidad de sus canas.

Pero, sin embargo, por grande que fuese la pureza y el candor de Daniel, debian palidecer estas virtudes del alma, porque á los veinte años no suelen concentrarse sólidamente en el corazon. El conde de la Fé se habia propuesto hacer de aquel jóven un sér descreido, tal vez un malvado.

La obra era infame, pero no difícil, tratándose de un jóven á quien de repente se habia arrancado de su vida modesta, colocándole en medio de una sociedad que trata con frecuencia á la modestia de hipocresía, y que no tiene otros dioses que el oro y la seduccion.

El pensamiento que germinaba en el cerebro del conde de la Fé era infame, pues aquel hombre sin corazon veia en Daniel el brazo potente que iba á vengarle de una manera terrible.

Entre el general Lostan y el conde de la Fé existia una historia de la que muy en breve pondremos al corriente á nuestros lectores.

Daniel era para el viejo aristócrata una esperanza, por eso siempre que encontraba ocasion, iba infiltrando en el alma del jóven ideas que con el tiempo debian dar su fruto.

—Querido Daniel,—dijo el conde con acento benévolo y cariñoso,—he notado con satisfaccion que entre todas las hermosas jóvenes que embellecen y poetizan con sus encantos el florido jardin de nuestra sociedad, das la preferencia á Clotilde de Lostan, y si bien me complace sobremanera que pongas tu pensamiento en esa jóven que tanto vale, me disgusta altamente verte perder el tiempo entregado á ese amor platónico que tan pocos resultados da en nuestra sociedad. ¡Qué diablo! si amas á Clotilde, creo que ya ha llegado la hora de que abandones el lenguaje de los ojos y emplees otras mas convincente, mas enérgico y que vaya directo al corazon de tu filis.

—Lo que usted me propone no deja de tener riesgo,—contestó Daniel algo aturdido con la inesperada salida del conde.

—¡Riesgo! ¿Temes por ventura que Clotilde desaire tus pretensiones?

—Tal vez.

—¡Ah! vamos. Hay entre vosotros dos un tercero en discordia.

Daniel se estremeció. El conde, como si no se hu-

biera apercibido de aquel movimiento del jóven, añadió con indiferencia:

—Cuando yo tenia tus años me preocupaba poco un rival.

—Yo no he dicho que Clotilde tenga un amante.

—Sin embargo, confiesa conmigo que nada hay tan fácil. La hija del general es una muchacha rica, linda, seductora, y como tú te entretengas mucho en llamar á las puertas de su corazon, nada tendrá de particular que el dia que te decidas, te conteste sencillamente con la sonrisa en los labios: «Perdone por Dios, hermano.»

—Es que si eso sucediera...

Daniel palideció.

Don Fernando, comprendiendo el efecto que sus palabras habian causado, quiso aprovecharse de la predisposicion en que se encontraba el jóven y repuso:

—Dice el refran, que el que da primero, da dos veces. Yo veo, querido Daniel, que estás perdiendo un tiempo precioso: nada hay tan triste en este mundo como llegar tarde. ¿Qué diablo te detiene? ¿No amas á esa jóven?

—Ni sé mentir, ni seria justo que yo ocultara á usted las impresiones de mi alma: la amo con todo mi corazon.

—Pues entonces, ¿qué te detiene?

—El temor de una negativa.

—¡Bah! las mujeres, hijo mio, se rien y desprecian á los hombres cobardes. Créeme á mí, que soy un hombre de experiencia y que no deseo otra cosa que tu felicidad. Puesto que amas á Clotilde y has tenido ocasion

de observar que en las miradas que te dirige hay cierta simpatía hacia tí, aprovecha el tiempo antes que esa joven se ofenda con tu silencio y ponga su pensamiento en otro.

Daniel inclinó un tanto la frente como si no tuviera valor para soportar la mirada que en él tenía fija el conde.

Don Fernando, comprendiendo lo que pasaba por el huérfano, creyó llegado el momento de fortalecer su espíritu, y sonriéndose de un modo, al parecer, bondadoso, añadió:

—¿No es esta noche el baile en la embajada inglesa?

—Creo que sí.

—Ya sabes que estamos invitados, allí irá Clotilde, y es preciso que esta noche avances algo mas en la conquista de esa joven. Ahora dame el brazo, vamos á tomar café, pues necesito, para disipar en tí ciertos escrúpulos, revelarte una historia interesante, que puede servirte al menos para conocer de lo que son capaces las mujeres.

El conde se levantó y salió del comedor cogido del brazo de Daniel, conduciéndole á la pequeña habitacion que ya conocen nuestros lectores y en la que tenía la costumbre de tomar el café.

Sobre el negro mármol de la chimenea se hallaba la calavera, y sobre esta ardía la azulada llama del ron dentro de la copa de plata.

Daniel no podia nunca fijar los ojos en aquel cráneo blanco como el marfil sin cierta repugnancia.

El conde habia notado siempre el mal efecto que aquella calavera insepulta causaba á su ahijado.

Se sentó junto al velador, sirvió dos tazas de café y dijo:

—Siéntate á mi lado y tomemos café como dos buenos amigos.

Y dirigiendo una mirada á la calavera, añadió:

—¿No es verdad, Margarita, que tu historia puede ser altamente provechosa para mi ahijado? Pues bien, yo voy á referírsela en presencia de tu cráneo, y estoy seguro que no ha de abrirse tu boca para desmentirme.

El conde pronunció estas palabras de un modo fatídico: el eco de su voz tenia algo de sobrenatural.

Daniel sintió un frio extraño en todo su cuerpo y fijó dos ojos con espanto en aquel cráneo fantásticamente sombreado por la azulada llama del ron.

Mientras tanto, el conde, con la cabeza inclinada sobre el respaldo de la butaca, se sonreía de un modo frio, extraño.

Daniel hubiera querido hallarse lejos de aquella habitacion, pero el respeto y la gratitud le hicieron permanecer inmóvil en su sitio.

CAPÍTULO V.

Principio de una historia.

Durante dos minutos reinó en la habitacion el mas profundo silencio.

El conde, siempre con la cabeza inclinada en el respaldo de la butaca, la sonrisa en los labios y la mirada fija en la calavera, parecia reunir en su mente todos esos datos indispensables para el relato de una historia.

Daniel no se atrevia á interrumpir á su protector, su espíritu se encontraba en uno de esos momentos de malestar indefinible.

Una voz secreta parecia decirle que el conde le iba á relatar alguna cosa horrible, y su corazon sencillo temia que aquel cráneo, que como un mudo testigo se hallaba colocado entre los dos, pronunciara de vez en cuando alguna palabra fatidica, eco misterioso de la tumba.

Por fin el conde se incorporó un poco, estendió el brazo, cogió la taza, bebió un sorbo de café, y encendiendo un tabaco en la llama de la estraña lamparilla que coronaba la calavera, habló con pausa del modo siguiente:

—Ese cráneo que te sobrecoge y cuya historia voy

á referirte, descansó en otro tiempo sobre los blancos y torneados hombros de una mujer encantadora. Sus ojos, negros como la noche y ardientes como el sol, brillaban de un modo irresistible dentro de esas huecas órbitas; sus labios, que daban envidia á la rosa y en los que jugueteaba siempre una sonrisa voluptuosa y provocativa, ya no volverán á entreabrirse para pronunciar palabras de amor, y esa frente descarnada como una tabla de marfil, no volverá á reclinarse sobre el pecho de los hombres para recibir un beso apasionado.

Margarita fué su nombre, y apenas contaria diez y ocho primaveras cuando latió por primera vez su corazon al escuchar las palabras de amor que le dirigia un hombre. Ese hombre, lleno entonces de vida y juventud, creyó en las promesas de Margarita, y entregándole su alma y su voluntad, la adoró con frenética pasion.

Como tú, sentia el amante de Margarita crecer en su pecho la pureza de su amor, y respetándola como una virgen, se entregaba á ese amor platónico que tú profesas á Clotilde y que mas de una vez hizo asomar á los labios de Margarita una sonrisa desdeñosa.

Supongo, hijo mio, que ya habrás sospechado que era yo el amante de Margarita.

—Pero si ese cráneo ha pertenecido á un cuerpo humano, si no es una obra de arte, ¿cómo se halla aquí en esta habitacion y descansando sobre el negro mármol de la chimenea?—esclamó Daniel.

—Porque yo, con mano sacrílega,—añadió el conde,—lo arranqué de una tumba, para conservar vivo el re-

cuerdo de una mujer que, destrozando mi corazón, mató la fé y las ilusiones de mi alma.

Y el conde, sonriéndose de un modo nervioso, volvió á decir:

—Escucha la historia, y al terminarla una nueva luz brillará en tu inteligencia, un nuevo camino se abrirá ante tus piés, porque ella te enseñará de lo que es capaz una mujer fermentada.

El conde hizo una corta pausa y añadió de este modo:

—La naturaleza habia reunido en el cuerpo de Margarita todas sus mas bellas dotes; pero como la perfeccion es imposible en la tierra de los hombres, al darle á la mujer que nos ocupa el rostro de un ángel, le habia dado al mismo tiempo un alma que abrigaba todas las malas pasiones.

Yo conocí á Margarita á bordo de un buque, de regreso de mi primer viaje á América; su padre habia permanecido muchos años en aquellos paises, logrando, á fuerza de años y economías, reunir una fortuna mediana.

Margarita al nacer habia causado la muerte de su madre; por sus venas circulaba esa sangre mista que forma la ardiente naturaleza de la criolla, y tantas seducciones, tantas gracias atesoraba su hermosa cabeza, que era imposible verla y no amarla.

Durante la travesía, Margarita burlaba la vigilancia de su padre y subia al alcázar de cubierta á disfrutar de ese grandioso espectáculo que proporciona el Océano á los viajeros en las noches de luna.

Ella no habia estado nunca en Europa, tenia vivos

deseos de llegar á Madrid y no cesaba de preguntar ciertas particularidades de la capital de España, donde iba á establecerse con su padre.

El acento de su voz era dulce y armonioso como el eco de esas arpas aéreas que los israelitas del tiempo de Débora colgaban de sus palmeras. Yo escuchaba embebecido aquella jóven, cuyas miradas inflamaban mi corazón, cuyas palabras penetraban en mi alma, apoderándose poco á poco de mi voluntad.

Esperaba la noche con viva impaciencia, porque Margarita acudia al alcázar, donde yo la estaba esperando, y allí pasábamos una y otra hora entretenidos en dulces y amorosas pláticas, que me hacian desear que el viaje fuese eterno.

Sin mas testigos que la luna, y dejando vagar nuestras miradas por aquellas inmensidades de agua, nos juramos cien veces amor eterno, y yo, creyendo en la fé de sus palabras, solo esperaba llegar á Madrid para arrojarme á los piés de mi padre y suplicarle pidiera la mano de Margarita al autor de sus dias.

Yo era entonces crédulo y confiado, y respetando á Margarita como á una vírgen, no me permitia otras libertades que estrechar con cariño sus manos y fijar con pasion mis ojos en sus ojos.

¡Ah, querido Daniel! cuántas veces me he convencido de que durante aquel viaje fui un imbécil, porque imbécil debe llamarse al hombre que pudiendo conseguir á una mujer, pierde la ocasion que la casualidad le proporciona.

Porque, sin que tomes mis palabras por un alarde de

vanidad, Margarita me amaba durante la travesía, pues su alma ardiente é impresionable, necesitaba confundirse con otra alma que la correspondiera, para admirar juntas el grandioso panorama del Océano, la hermosura de aquel cielo y la pureza de la luna, que brillaba sobre nuestras cabezas.

Pero, vuelvo á repetirlo, Daniel, fuí un imbécil dejando escapar la oportunidad de una conquista verdadera y positiva, y luego me arrepentí. Bien es verdad que yo entonces no conocia á las mujeres y creía en sus promesas y juramentos. Es decir, me hallaba en el estado que te encuentras tú ahora.

El conde se detuvo y fijó una mirada en su ahijado, como para estudiar el efecto que le causaba su relacion.

Daniel, sin interrumpir el relato de su protector, le escuchaba con profunda atencion.

El conde continuó de este modo:

—Por fin tuvo término aquel viaje, que fué para mí un hermoso sueño de color de rosa: llegamos á Cádiz y fué preciso separarme de Margarita, porque su padre habia dispuesto permanecer en aquella ciudad hasta principios de invierno; yo debia partir para Madrid.

Esta separacion me fué sumamente dolorosa, porque yo amaba á aquella jóven con toda mi alma; procuré tener una entrevista sin testigos con Margarita, y nuevamente me juró amarme y ser mia tan pronto como nos reuniéramos en Madrid.

Partí de Cádiz llevándome en el alma la esperanza de una felicidad que no debia realizarse nunca.

Mi amor por Margarita era tan firme, tan puro, tan verdadero, que creía, necio de mí, que la felicidad en la tierra consistía en amar y ser amado por una mujer como ella.

Cuando llegué á mi casa, despues de las primeras muestras de alegría, propias de unos padres que vuelven á abrazar á su hijo, que regresa de un largo y peligroso viaje, referí á mi padre que estaba enamorado de una jóven, que la habia dado palabra de casamiento y que solo seria dichoso llamándola mi esposa.

Mi padre me escuchó sin asombro y sin enojo, y cuando terminé el largo catálogo de los elogios de Margarita, me cogió cariñosamente una mano y me dijo con dulce y paternal entonacion:

—Querido Fernando, á mí no me estrañan los arranques de entusiasmo de la juventud: he sido jóven tambien y sé lo que impresiona á las almas sencillas un viaje por el Océano teniendo al lado una muchacha bonita de veinte primaveras.

—Es que la mujer que yo amo,—repliqué con entusiasmo,—es un ángel.

—Difícilmente,—me dijo,—habrá un jóven que esté enamorado como tú, para quien no sea un ángel la mujer que le preocupa, pero créeme, los ángeles no bajan á la tierra de los hombres como en tiempo del patriarca Abraham.

—¡Duda usted de mis palabras!—le pregunté estrañando que no sintiera el mismo entusiasmo que yo por Margarita.

—Ni dudo ni creo, porque no es tan fácil como á tí

te parece conocer el corazón femenino; pero, en fin, sepamos qué condiciones tiene la mujer que amas. Dejemos aparte que es hermosa como un querubín, que tiene un encanto angelical, que es el candor y la modestia suma, todo te lo concedo, pero antes de darte mi consentimiento, necesito saber á qué familia pertenece.

—Es hija de un modesto empleado que á fuerza de trabajos ha podido reunir una fortuna en América.

—¿Nada más que eso?—añadió mi padre con frialdad;—me parece bastante poco para que se case con el hijo y heredero del conde de la Fé, que además de su gran fortuna, data su nobleza nada menos que del tiempo de Harnoldo de la Fé, compañero en Palestina de Godofredo de Bullon.

—¿Sería un obstáculo mi nobleza para darle la mano á Margarita?—pregunté.

—Y grande, hijo mío. Nuestra familia pertenece á esa raza que no descende nunca de su gerarquía, y si lees nuestro árbol genealógico, á buen seguro que no encontrarás ninguno de nuestros antepasados que se haya casado con una plebeya.

—Padre mío,—esclamé,—tan nobles como nosotros fueron algunos reyes y se unieron con plebeyas.

—Sí, eso nos dice la historia, pero los reyes han cometido en este mundo muchas tonterías; y yo no tengo nada que ver con ellos. Si amas á Margarita, como supongo que ese amor propio de tus pocos años será pasajero, te concedo que la hagas tu querida, que compres su cuerpo; rico eres, y dispuesto estoy á sacrificar algu-

nos miles de duros para que satisfagas ese capricho.

Yo miré á mi padre como si hubiera pronunciado un sacrilegio. Me parecia Margarita tan pura, tan virtuosa, que sentia cierto despecho en mi corazon al ver que se la ofendia.

Persuadido de que nada conseguiria del conde de la Fé, me decidí á buscar un apoyo en mi madre, pero apenas oyó mi peticion, cuando, con un acento que demostraba su energía, añadió:

—Supongo que estás loco, Fernando, pues te atreves á pedirme un absurdo.

Quise pintarle las bellezas, las virtudes de Margarita, pero mi madre, palideciendo de despecho, me dijo con una sequedad que heló la sangre en mis venas:

—No quiero oir hablar mas de ese asunto; te prohibo, por lo tanto, que me digas ni una sola palabra de esa mujerzuela que no será nunca mi hija política, que no formará jamás parte de mi familia. El hijo de los condes de la Fé no debe casarse mas que con una jóven de su clase.

Esta doble negativa me causó un dolor profundo, una desesperacion terrible, y pasaba los dias encerrado en mis habitaciones sin querer ver á nadie.

Una mañana recibí una carta de Cádiz. Mi alegría fué inmensa: era de Margarita, que, jurándome amor eterno, me anunciaba la triste nueva de que su padre se hallaba gravemente enfermo: las últimas palabras de aquella carta me causaron una viva impresion; me decia: «Ven, Fernando mio, ven; mi padre se muere y ne-

«cesito tener á mi lado un sér que me proteja, que me ame y me consuele en mi inmensa amargura.»

Confiar á mis padres aquella carta hubiera sido prohibirme salir de Madrid, sobre todo mi madre, que no transigia nunca tratándose de sus pergaminos.

Sin embargo, yo habia formado el firme propósito de correr al lado de Margarita, y fingiendo una expedición de caza á Sierra Morena, salí de la corte con la inquietud de un alma enamorada, y llegué á Cádiz precisamente en el triste momento en que se hallaba en la agonia el padre de mi amada.

El enfermo tuvo aun tiempo para estrechar mis manos y decirme:

—Sé que ama usted á mi hija con un amor puro y verdadero: creo que la hará usted feliz y respetará, hasta el dia que sea su esposa, su orfandad. Sola y pobre se queda en el mundo, pues un hombre infame, causa de mi muerte, me ha robado el producto de muchos años de trabajo y economías. Yo le entrego á usted, pues, á mi hija y Dios bendiga á usted, que con su presencia hace mas tranquila mi última hora.

Poco despues aquel padre infeliz dejó de existir. Margarita quedaba huérfana y pobre en el mundo, pero tenia la seguridad de mi amor.

Desde este momento me creí moralmente el esposo de Margarita; juntos lloramos arrodillados cerca del cadáver de su padre, y allí formé la irrevocable resolucion de llamarla mi esposa, de unirme con ella con los indisolubles lazos del matrimonio, aunque se opusieran mis padres.

Tres dias despues de la muerte del padre de Margaritha, salimos ella y yo en la silla-correo; habia tomado la berlina para los dos solos, y durante el largo viaje no me ocupé de otra cosa que de consolar su dolor y jurarla que le cumpliria mis promesas al pié de los altares.

Como siempre, la respeté lo mismo que si fuera una vírgen; la creia tan pura, la amaba tanto, que ni queria ofenderla con una mirada.

Al segundo dia de viaje, cuando noté que las lágrimas iban desapareciendo de sus hermosos ojos, creí oportuno revelarla la oposicion firme que oponian mis padres á nuestro enlace, y queria además combinar con ella el medio de que fuera mi esposa sin tener un ruidoso rompimiento con mi familia.

Entonces convenimos que nuestro enlace seria secreto, esperando la ocasion oportuna para darle la publicidad necesaria á su honor y á mi deseo.

—¿Qué me importa á mí el mundo?—me decia con apasionado acento,—seré tu esposa á los ojos de Dios y á los tuyos, pues todo cuanto deseo es verme en una casa modesta, donde vendrás á verme todos los dias, y en nuestras amantes entrevistas en el santuario de mi retiro, nuestra felicidad será mayor, mas verdadera, mas inmensa.

¡Ah! parece imposible que sean tan infames,—esclamó el conde,—unos labios que tan dulces palabras pronuncian!

Y soltando una ruidosa carcajada, añadió mirando con chispeantes ojos á la calavera:

—¿No es verdad, Margarita, que se puede tener el rostro de ángel y el corazón podrido? ¿No es verdad que muchas veces, recordando aquel viaje en que los dos solos, encerrados en el estrecho cajón de una berlina, pasamos cuatro días juntos, te has reído del amor platónico de tu amante, que cometió la imbecilidad de respetar tu honra y amarte con toda su alma? ¡Oh! qué necio es el hombre que entrega la pureza de su amor á una mujer, cuando puede humillarla y luego reírse de ella, y sin embargo, no lo hace y la respeta.

Y cambiando de entonación después de pasarse varias veces la mano por la frente, como si quisiera disipar tristes pensamientos, exclamó:

—Llena esas copas de ron y bebamos á la salud de los piratas del amor que se rien de las lágrimas de las mujeres y las hacen apurar todas las amarguras del desprecio. Ciertas historias no pueden referirse sin acompañarlas con frecuentes libaciones de ron, porque su relato repugna, levanta el estómago.

Las palabras del conde hacían daño al huérfano, pero llenó las copas porque aquel relato le tenía preocupado.

El conde cogió una copa, extendió el brazo, y haciéndola chocar con la de su ahijado, dijo:

—Á la salud del alma que dió en otro tiempo vida y calor al cerebro de esa calavera.

El conde apuró la copa, Daniel solo tocó con los labios el licor.

CAPÍTULO VI.

Donde principia el drama.

El conde dejó la copa vacía sobre el velador y comenzó su relato del modo siguiente:

—Como la primavera se acercaba, y el campo tiene tantos encantos para los enamorados, siguiendo los consejos de Margarita, que eran leyes para mí, procuré alquilar una bonita casa en el pabellon de Villaverde, situado escasamente á una hora de Madrid.

Tan corta distancia me permitia verla todos los dias; era un paseo á caballo. Margarita estaba contenta con su nuevo género de vida, tenia un pequeño jardin que cultivaba ella misma, y yo habia procurado amueblar la casa con todas las comodidades apetecibles para vivir en el campo.

Á los pocos dias de su instalacion en Villaverde me recordó mi promesa de casamiento, y yo, que deseaba con toda mi alma llamarla mi esposa, hablé con la mayor reserva al anciano cura-párroco del pueblo y le confié nuestra situacion.

El sacerdote accedió á nuestros deseos, bendijo nues-

tra union y yo me creí el hombre mas feliz del universo.

Desde aquel momento mi amor fué una locura, la modesta casita de Villaverde un paraíso, Margarita la alegría de mi alma, la envidiable felicidad de mi vida.

Durante los tres meses de verano yo no dejé de visitarla ni un solo dia: llegaba al pueblo al oscurecer y pasaba la noche al lado de Margarita.

El pequeño jardin de aquella modesta casa de campo fué para mí el paraíso encantador donde iba á olvidarme del mundo en brazos de mi esposa.

Estas ausencias diarias llamaron la atencion de mi padre, pero nunca sospechó la verdadera causa, porque yo jamás le habia vuelto á hablar de Margarita.

Una noche creí advertir en el rostro de mi esposa señales de llanto, quise saber la causa, pero Margarita me tranquilizó diciéndome que habia sufrido durante el dia una fuerte jaqueca.

Yo era entonces muy confiado, y además ¿cómo pensar que aquella mujer me engañaba cuando sus labios solo se abrian para pronunciar palabras de amor y juramentos de fidelidad?

Si alguno entonces me hubiera dicho: «Margarita tiene un amante,» si se hubiera atrevido á dudar de la pureza de su amor, indudablemente yo hubiera cometido la necedad de arrancarle la lengua. Pero ¡ay! el terrible golpe que amagaba mi felicidad, que iba á romper en pedazos mi corazón, se hallaba suspendido sobre mi cabeza.

Y el conde, sonriéndose de una manera fria y sarcástica, añadió cambiando de tono:

—Tú no puedes imaginarte, querido Daniel, de lo que es capaz una mujer. Margarita, pobre y huérfana, parecía lógico que abrigase en su alma algo de gratitud hacia el hombre que le habia conducido al pié del altar, asegurándole para siempre una brillante posicion y un amor firme y puro.

Despues de mi noble conducta con aquella mujer ¿cómo era posible que yo la creyera tan infame para engañarme? Pero nada hay tan inverosímil como la vida real, ni tan absurdo como la historia de algunas mujeres.

Margarita me vendia; Margarita se burlaba de mi buena fé y de mi amor, en brazos de otro hombre.

—Pero eso no es creible,—esclamó Daniel sin poderse contener,—porque una mujer, despues de recibidos los favores que usted habia hecho á Margarita, ¿con qué podia pagar su ingratitud?

—Con la vida,—contestó secamente el conde.

—Pero ¿usted la mató?—volvió á preguntar con sobresalto el huérfano.

—Permite, hijo mio, que continúe la historia, que, como te dije al principio, puede serte de alguna utilidad.

Y el conde, despues de pasarse varias veces la mano por la frente, como si aquellos recuerdos que evocaba abrasaran su cerebro, volvió á decir de este modo:

—El mes de Setiembre tocaba á su fin, y era el cuarto de mi matrimonio con Margarita. En la casa de Villaverde, como Margarita me habia indicado que deseaba vivir con mucha modestia hasta el dia que nuestro matrimonio no fuera un secreto, solo teniamos dos criados:

una buena mujer encargada de las faenas de la casa y un muchacho que se ocupaba en regar el jardín é ir á Madrid cuando se carecía de algun objeto.

Acababa de oscurecer cuando llegué al punto de la carretera que, dejándola á la izquierda, se toma por una vereda practicada en el prado del pueblo, por donde yo tenía la costumbre de dirigirme á casa de Margarita.

Al llegar á los grandes chopos que forman la línea del camino observé que un bulto, incorporándose, se dirigía hácia la cabeza de mi caballo.

En aquel tiempo, en que la guerra civil estaba en toda su fuerza en España, era verdaderamente una imprudencia viajar de noche. Yo lo sabia y caminaba siempre con todas las precauciones posibles. Saqué las pistolas que llevaba en las bolsas de silla y detuve el caballo. No tardé mucho en persuadirme de que era una mujer la que se acercaba hácia mí.

—Buenas noches, señorito,—me dijo.

Aquella voz me sobrecogió porque tenía delante á la buena mujer que se hallaba al servicio de Margarita. Lo primero que se me ocurrió era que mi esposa se habia puesto mala.

—¿Por qué la encuentro á usted en este sitio?—la pregunté sobresaltado.

—Le estaba esperando á usted,—me contestó.

—¿A mí?

—Sí, á usted, señorito.

—Pero ¿qué ocurre? ¿se ha puesto enferma Margarita?

—No, señor, no es nada de eso,—volvió á decirme

exhalando un suspiro y con una entonacion conmovida.

—Hable usted pronto, ¿qué pasa?—repetí con impaciencia.

—Lo que pasa, señorito, es que yo soy una mujer que tiene conciencia, y no puedo dormir porque temo que suceda una gran desgracia.

—Pero ¿se ha propuesto usted desesperarme? ¿Qué desgracia es la que puede suceder? acabe usted de una vez.

La pobre mujer se echó á llorar y entre sus sollozos creí oír unas palabras que me estremecieron, que causaron un dolor profundo á mi corazon y una terrible confusion á mis ideas.

Y el conde, estremeciéndose como si hubiese sentido la descarga eléctrica de una pila de Volta, soltó una ruidosa carcajada, inclinó la cabeza en el respaldo de la butaca, y fijando los ojos en la calavera, dijo con intencionado acento:

—¿No es verdad, Margarita, que tú, en aquella época que solo contabas veinte años, tenias el alma tan pervertida, el corazon tan infame, que supiste representar admirablemente la comedia? Pero ¡ah! la verdad es la luz, y ella brilla tarde ó temprano sobre la frente de los culpables.

—Pero esas palabras, esas palabras,—repitió Daniel, que verdaderamente impresionado con aquel relato, podia decirse que su ánimo estaba suspendido de los labios del conde.

—Aquellas palabras, hijo mio, causaron á mi alma una emocion indefinible y cayeron sobre mi corazon como gotas de candente plomo. ¡Oh! aunque la pobre mu-

jer las pronunciaba entre sollozos, las oí y las recuerdo perfectamente. Óyelas y juzga por tí mismo el efecto que me causarían.

Decía aquella mujer: «El otro ha llegado, no quiere marcharse, está furioso, y por mas que la señorita le suplica arrodillada, jura y perjura que ha de llevársela y matar al que se oponga á sus deseos.»

Durante un momento, yo no podia explicarme lo que por mí pasaba; me quedé aturdido, queria hablar y todos mis esfuerzos no eran bastantes para producir la palabra. Y por último, no pudiendo dar cabida en mi alma á la sospecha, porque el sol me parecia menos puro que mi esposa, bajé precipitadamente del caballo, cogí á aquella mujer por un brazo, y sacudiéndola con fuerza, le dije:

—Necesito que me explique usted las palabras que acaba de pronunciar, y ¡ay de usted si ha sido bastante infame para calumniar á la mujer que amo!

—¡Dios mio! Ya me temia yo todo esto, y por eso he guardado silencio tanto tiempo. Sé que ama usted á la señorita con locura, y que el revelarles la verdad, es matar su corazon; pero yo seria una mala mujer si callase por mas tiempo, porque cuando una ve á un hombre que espera á otro con las armas en la mano para matarle, debe atropellar por todo, salir al encuentro del que nada sabe y por consiguiente camina confiado y sin recelos, y decirle: «No dé usted un paso mas, si en algo aprecia su vida.»

—Pero es que si se me engaña, yo estoy tambien armado,—le dije agitando las pistolas que aun llevaba

en las manos,—y muy pronto sabré la verdad de las palabras que acaba usted de dirigirme.

Entonces, como el pueblo estaba cerca del sitio donde tenia lugar la escena que voy refiriéndote, sin ocuparme del caballo, hice el ademan de dirigirme á casa de Margarita.

Aquella buena mujer, espantada ante mi resolucion y temiendo sin duda que sucediera una desgracia, cayó á mis piés y se abrazó á mis rodillas exclamando con acento suplicante:

—¡Por la Virgen María! Yo le ruego á usted que se tranquilice y que no cometa una imprudencia, solo ventajosa al amante de la señorita Margarita.

Las últimas palabras que me dirigia no eran por cierto las que mas tranquilidad podian infundir á mi espíritu.

Si efectivamente Margarita tenia un amante y se habia burlado villanamente de mi buena fé y de mi confianza, era preciso que yo me vengase de un modo terrible.

Hice un esfuerzo sobre mí mismo y procuré serenarme. La situacion era grave, y era preciso obrar con gran cordura.

—Oiga usted, Juana,—le dije, pues este era el nombre de la criada de Margarita.—Me decido á dar crédito á las palabras que usted acaba de decirme, y si la horrible desgracia que me indica es cierta, yo sabré recompensar á usted largamente el aviso que me dá y que me libra de la emboscada que se me tiende. Usted dice que un hombre se halla en la habitacion de Margarita y que

este hombre ha jurado asesinar me tan pronto como me vea.

—¡Oh! sí, sí, le creo capaz de cometer semejante infamia.

—Está bien: yo procuraré que eso no suceda, pero necesito que me dé usted algunas esplicaciones, y que me ayude esta noche á penetrar en la casa sin que ellos sospechen mi llegada.

—¡Pero Dios mio! ¿Qué es lo que usted se propone?

—Saber la verdad.

—¿Pero no le basta á usted que yo le diga que la señorita tiene un amante?

—No: necesito oirlo de los mismos labios de la perjuradora.

—Y ¿cómo puede ser eso?

—Supongo que usted tendrá la llave de la puerta de la calle.

—Sí, señor.

—Perfectamente: dejaremos el caballo atado á uno de estos árboles, poco me importa que me lo roben, soy bastante rico para que no me preocupe una pérdida tan insignificante. Entraremos los dos juntos en la casa con el mayor silencio; para inspirar tranquilidad á Margarita y á su amante, yo escribiré algunas líneas en una hoja de mi cartera participándole que no me espere esta noche. Usted le entrará este aviso, y yo iré á ocultarme detrás de la puerta de escape de su gabinete.

—Pero todo eso que usted me propone no es lo mas á propósito para evitar una desgracia.

—La desgracia, pobre Juana, siendo cierta la infamia de Margarita, es inevitable. Usted, sin embargo, debe tener la satisfaccion de que al darme este aviso, no solo cumple con su deber, sino que evita en parte que se cometa un asesinato en mi persona.

Juana procuró resistirse algunos momentos, pero por fin, aturdida y sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, accedió á todos mis planes.

Poco despues, con el corazon intranquilo y las silenciosas precauciones del ladron, entraba yo en aquella casa, que era la mia, y en donde iba á tener lugar un drama terrible.

Juana y yo llegamos hasta la cocina; parecia reinar el mayor silencio en toda la casa. Nadie nos habia visto: escribí en una de las hojas de mi cartera estas palabras: «Querida Margarita: Al tiempo de salir de casa para correr á tu lado, una repentina indisposicion de mi madre me hace suspender el viaje, y te escribo estas líneas en una hoja de mi cartera, para que no te impacientes esperándome. Piensa en mí y hasta mañana por la noche. Fernando.»

Por la primera vez en mi vida habia dirigido por escrito á Margarita palabras que estaban en abierta contraposicion en mi pensamiento.

Entregué aquella hoja de papel á Juana, y procurando hacer el menor ruido posible, fui á colocarme junto á la puerta de escape del gabinete de Margarita.

Llevaba conmigo las pistolas, porque una idea de sangre cruzaba por mi mente.

Me quedé inmóvil junto á la puerta con el oído aplicado á la cerradura y una mano puesta sobre el corazon para contener los latidos que daba.

Desde aquel sitio era bastante difícil que yo pudiese oir una conversacion mantenida en voz baja en el gabinete. Además, yo no podia ver á Margarita y á su amante porque les separaba de mí el ancho de la alcoba y la cortina que cubria la puerta de esta.

Á mis oidos llegaba un vago rumor, el eco de dos voces distintas, y aun casi podia percibir sollozos ahogados.

Resuelto á arriesgar el todo por el todo, levanté con mucho cuidado el picaporte de la puerta de escape y entré en la alcoba.

Allí reinaba la mayor oscuridad, avancé con precaucion hasta ir á detenerme junto á la cortina, y entonces, ¡oh! ¡entonces! comprendí que Juana me habia dicho la verdad.

Entreabrí poco á poco la cortina, y necesité de una gran fuerza de espíritu para contenerme. Un hombre vestido con el traje militar, jóven y gallardo, se paseaba con muestras de agitacion por el gabinete.

Sentada en un sofá y casi desfallecida, el rostro pálido y los ojos llenos de lágrimas, se hallaba Margarita.

El militar llevaba las insignias de capitan y pertenencia al arma de caballería.

La luz de una lámpara me dejaba ver perfectamente los objetos. Nada tan fácil desde el sitio donde yo me encontraba como vengar la perfidia de aquella mujer.

Tenia las pistolas en las manos, y pude impunemente hacer fuego sobre el seductor y la adúltera, pero conteniendo la rabia que me devoraba y la ira que rebotaba en mi corazón, permanecí inmóvil y con la mirada fija en aquellos dos seres que, burlando mi buena fé, hacían pedazos mi alma.

Observé que el militar llevaba también sus pistolas al cinto y su sable pendiente del cinturón.

Las facciones de aquel hombre, que podían llamarse hermosas, revelaban la predisposición de su espíritu con un fruncimiento sombrío de cejas.

Durante algunos segundos no se oyó otra cosa que las firmes pisadas del militar que paseaba por toda la longitud del gabinete, y los sollozos de Margarita.

Yo esperaba con impaciencia que comenzara algún diálogo entre los dos amantes. Por fin Margarita levantó la agitada frente, juntó las manos en ademán suplicante y estas palabras, pronunciadas con acento trémulo, se escaparon de su boca:

—¡Pedro! Si es verdad el amor que tantas veces me has jurado, si hay en tu corazón un resto de piedad para esta desdichada, yo te suplico que te vayas, que evites un crimen que va á ser la nube fatídica que empañe para siempre la felicidad de nuestra existencia.

—Es inútil tu ruego, Margarita,—contestó el militar con una sequedad que enfriaba el corazón.—Estoy resuelto á todo, y ya que he tenido la desgracia de amarte y la debilidad de creerte, he decidido no moverme de esta casa hasta que llegue tu esposo, á no ser que tú

preferas partir conmigo. Te amo demasiado para permitir que ese orgulloso aristócrata que compra tus caricias, continúe visitándote todas las noches.

—Pero ese hombre es mi esposo,—esclamó Margarita.

—Sí, tu esposo, que se avergüenza de serlo, que oculta á todo el mundo su matrimonio, y á quien tú no amas, como me has dicho cien veces. Recuerda sino una noche, cuando tu padre se hallaba gravemente enfermo, y vino ese noble hijo de familia, llamado indudablemente por tí, á ofrecerte su proteccion. Tú entonces te dijistes: «¿Qué porvenir me puede esperar uniéndome con un teniente del ejército que arriesga todos los dias su vida en la guerra?... Es mas seguro fingirle amor al vizconde de la Fé, que, crédulo y confiado, creerá en mis palabras y puede asegurarme una gran posicion.» Después de estas reflexiones que te hacias entonces con admirable frialdad, entre un pobre soldado y un millonario, la eleccion no debia ser dudosa para tí. Pero tú echabas en olvido que el pobre soldado, conociendo de lo que era capaz la bella Margarita, habia conseguido de ella todo lo que un hombre puede conseguir de la mujer que ama. Tu cuerpo y tu alma eran mios, yo tenia pues el derecho de la primacia, pero las circunstancias me hicieron salir precipitadamente de Cádiz, y cuando regresé supe, no con poco asombro, que habias partido con el vizconde de la Fé. Confieso francamente que si en aquel instante le hubiese tenido al alcance de mi mano, me hubiera vengado de un modo terrible: pero el tiempo calma las tem-

pestades del corazon y por eso cuando volví á encontrarte en este pueblo, me contenté con que fueras mi querida, y reirme de la buena fé y credulidad de tu esposo.

Puedes calcular, querido Daniel, con cuánta melodía resonarian las palabras del militar en mis oidos; á no tener la evidencia de que todo aquello era una terrible realidad, hubiese creído que se habia apoderado de mí una espantosa pesadilla.

Margarita escuchaba gimiendo á su amante, pero sin atreverse á interrumpirle.

El militar volvió á decir:

—Yo me resigné por el pronto á ser tu amante de día, dejándole la noche á tu esposo; pero esta farsa no puede continuar. Mañana mi escuadron parte para los campos de Valencia, y yo necesito antes poner término á este asunto, á no ser que te decidas á seguirme, abandonando para siempre á tu esposo. Ya sabes que yo no soy de los hombres que toleran que una mujer se burle de ellos. Si tú has nacido para representar comedias, yo pienso de distinto modo. Mia fuistes antes que de tu esposo, mia serás suceda lo que suceda. La hora se aproxima en que el vizconde de la Fé venga á verte, y ya estoy deseando ver la cara que pondrá cuando al entrar en este gabinete, en vez de encontrar á la que él cree su enamorada y casta esposa, se encuentre nada menos que con un capitan de caballería que le dice cerrándole el paso: «Amigo mio, yo soy hace mucho tiempo el querido de Margarita, y estoy decidido á continuar siéndolo aunque usted se oponga á ello.

En este momento llamaron á la puerta del gabinete. Margarita exhaló un grito, indudablemente creyéndose que era yo el que llamaba.

El militar acarició con la mano derecha la culata de una de sus pistolas y se dirigió resueltamente hácia la puerta.

Margarita abandonó rápidamente el sofá donde se hallaba, interponiéndose entre la puerta y su amante, juntó las manos y dijo con desfallecido acento:

—¡Por la Virgen Santísima! Pedro.

El militar la separó dirigiéndole una sonrisa, y después abrió la puerta: era Juana que iba á entregar á su ama la carta que yo le habia dado.

CAPÍTULO VII.

El primer desafío.

—Dispense usted, señorita, si vengo á interrumpirla, pero ha llegado un hombre de Madrid con esta carta para usted,—dijo la criada.

—Dame,—contestó el militar quitándole á Juana la carta de las manos.—Puedes marcharte.

La mujer se fué sin pronunciar ni una sola palabra, el militar cerró la puerta, y acercándose á la lámpara, dijo:

—Veamos quién es el que te escribe.

Margarita ni siquiera se opuso á semejante abuso de confianza.

—¡Ah! veo que el señor vizconde es hombre de suerte, —v volvió á decir con entonacion humorística.—Escucha, Margarita, escucha pues lo que te escribe.

Y el militar leyó en voz alta las líneas que poco antes habia escrito yo en una de las hojas de mi libro de memorias.

Rápidamente pude notar que la fisonomía de Margarita cambiaba, su pecho exhaló un suspiro, y sus labios formularon esta exclamacion:

—¡Gracias, Dios mio!

Mi indisposicion causaba una alegría inmensa á aquella mujer infame, porque inmediatamente, arrojándose en los brazos de su amante, añadió:

—¡Ah Pedro mio! sin el temor de que cometas un crimen, podremos pasar la noche juntos y hablar de lo que mas nos convenga.

Al oir estas palabras, fué tal la desesperacion que se apoderó de mí, que, sin poderme contener, salí bruscamente de la alcoba, sorprendiendo á mi esposa en los brazos de su amante.

Yo pude entonces disparar mis armas sobre aquel grupo que mancillaba mi nombre, pero en aquel momento, gozándome en el asombro que mi presencia les causaba, ni me acordé de que tenia en mis manos un par de pistolas.

Difícil me seria describirte, querido Daniel, el grito de espanto que exhaló la infame adúltera al verme delante de ella. Retrocedió hasta caer de espaldas en un sofá, pero sin apartar de mí sus ojos inmensamente abiertos.

En cuanto al amante debo decir, que si bien se sobrecogió, no fué tanto como Margarita, y reponiéndose pronto, se cuadró delante de mí y sacó con rapidez una pistola de las dos que llevaba al cinto.

—Parece increíble,—dije yo despues de una pausa,—que en el mundo existan mujeres tan infames como esa que tiembla y desfallece en ese sofá.

—Señor vizconde,—dijo el militar con acento des-

preciativo,—preciso es que confiése usted que el asombro de Margarita es lógico.

—Caballero, yo no he tenido el honor de dirigirle á usted la palabra: es á esa infame á quien hablo.

—Sí, sí, ya lo veo; pero como yo protejo á esa que usted llama infame, espero me permitirá que salga á su defensa y no tolere que nadie le falte delante de mí.

Tanto atrevimiento me parecia imposible, pero como yo necesitaba tener sin testigos una entrevista con Margarita, me contuve y dije:

—Caballero oficial, entre nosotros dos se debatirá mañana la cuestion de otro modo; usted sabe quién soy, y espero me envíe sus padrinos. Pero esa mujer me pertenece, es preciso y necesito hablar con ella sin testigos; vuelvo pues á rogarle que me deje solo con ella.

—Mucho siento, señor vizconde, no poder complacerle; abandonar esa mujer, seria una cobardía, y yo no lo haré jamás. En cuanto á nuestro negocio, me tiene á sus órdenes, y dispuesto á arreglarlo cuando mas pronto mejor.

No me cansaré nunca de repetir que en aquella época era yo un imbécil, pero no me arrepiento, pues fué para mí la aventura de Villaverde de gran provecho, porque me enseñó á conocer los hombres y las mujeres.

Persuadido de que el militar estaba firmemente resuelto á defender á Margarita y que era preciso matarle para tener una entrevista con la infame adúltera, le dije:

—Como no tengo la costumbre de ser asesino, aunque he tenido ocasion de matar á usted y á esa mujer

despreciable, no lo he hecho, pero ya que usted se opone á mis deseos, creo que no se opondrá á batirse conmigo.

—¡Oh! en cuanto á eso con mil amores,—contestó sonriéndose el militar.

Y cómo un gesto de Margarita le indicara lo que le sobrecogia nuestra resolución, añadió:

—Tranquilízate, esto es asunto de pocos minutos, afortunadamente en el pueblo se halla un destacamento de tropa y no nos será difícil encontrar dos oficiales que nos sirvan de testigos.

Y dirigiéndome la palabra, añadió dejando las pistolas y el sable sobre una mesa:

—Supongo que no tendrá usted inconveniente en seguirme, estoy desarmado, nos batiremos, si usted quiere, con las espadas de nuestros padrinos ó con sus pistolas, aunque me gusta mas el arma blanca porque es menos ruidosa.

—Vamos donde usted guste,—contesté con resolución.

Y dejé tambien mis pistolas sobre la mesa y salimos juntos. Margarita no hizo un solo movimiento para detenernos.

Cuando nos hallamos á la mitad de la primera calle, mi rival llamó á un soldado que pasaba y le preguntó si sabia en dónde estaba alojado su capitan.

El soldado contestó que creia que en la plaza, en casa del boticario, y continuamos nuestro camino.

Y efectivamente, el capitan se hallaba en casa del

farmacéutico, cenando con varios oficiales, y al saber la comision que allí nos conducia, contestó como si se tratara de una cosa de poca importancia:

—Un militar no se niega nunca cuando se trata de esos asuntos. ¿Van ustedes á batirse á espada ó pistola?

—Á espada,—dijo el amante de Margarita,—si este caballero no tiene inconveniente.

—Sea á espada,—contesté.

—Entonces creo que seria mejor dos espadines.

Y llamando á su asistente, le dió algunas órdenes en voz baja, que no pude oir.

Luego, dirigiéndole la palabra á otro capitan que se hallaba á su lado, dijo:

—Tú vendrás con nosotros; ahora estendamos el acta, porque estas cosas conviene hacerlas con toda regla, aunque nos hallemos en tiempo de guerra.

Se estendió el acta, y entonces supe que mi rival se llamaba Pedro de Lostan!

—¡El general!—exclamó Daniel con asombro.

—El mismo; aquella noche me batí con él por la primera vez.

—Por la primera vez,—repitió el huérfano.—Luego...

—Me batí mas adelante otras dos veces con él; pero permíteme que continúe la historia de esa calavera.

Nuestros padrinos no se tomaron la molestia de preguntarnos la causa de aquel duelo que iban á presentarnos; bien es verdad que entonces miraban con tanto desprecio la vida los militares, que se batian por la cosa mas pequeña.

Como punto reservado y mas conveniente, se eligió el jardin de la casa de Margarita. Todos éramos jóvenes y las tapias no tenian mucha altura, saltamos desde el campo sin entrar en la casa.

Hacia bastante luna para que pudiéramos vernos: nos colocamos el uno delante del otro, armado cada cual de su espadin, especie de florete, y se nos hizo la señal de comenzar el combate.

Yo tenia algunas nociones de esgrima y pensaba salir vencedor, confiando en la razón que me asistia; pero Dios no es siempre justo, y como mi contrario fué mas diestro, recibí una estocada que todos creyeron mortal, porque caí al suelo sin conocimiento.

La espada de mi contrario me habia pasado el pecho por cerca del hombro derecho.

Mucho tiempo despues, cuando recobré el conocimiento, me hallé en una cama, y ví sentado junto á ella á un hombre anciano á quien no conocia.

Me sentia muy débil, hice un esfuerzo y pregunté dónde estaba y quién era. El desconocido me contestó:

—Está usted en una casa de campo de Villaverde; yo soy el médico titular de este pueblo.

Entonces recorrí con una mirada la alcoba y el pequeño gabinete y me convencí de que me hallaba en la misma cama de Margarita.

Quise continuar dirigiendo preguntas al médico, y éste me dijo que no era conveniente para mi salud hablar mucho, terminando con estas palabras:

—Hace dos semanas que está usted en esa cama lu-

chando entre la vida y la muerte. El peligro creo que ha pasado, pero es preciso tener mucha tranquilidad, y aun así será penoso el restablecimiento.

Yo hubiera querido dirigirle cien preguntas á aquel hombre, pero mi imaginacion se hallaba tan débil, que las ideas se confundian en mi cerebro; cerré los ojos y nó tardé en quedarme dormido.

Cuando volví á despertar no estaba allí el médico, pero sentada en el mismo sitio ví á Juana, la criada de Margarita.

La presencia de aquella mujer me causó una alegría infinita, porque ella podia contarme todo lo que habia pasado desde la noche de mi desafío con Pedro de Lontan.

—Gracias á Dios,—me dijo viendo que abria los ojos y la miraba,—por fin ya vuelve usted á la vida; no puede usted pensarse las angustias que he pasado, porque yo me decia: este señorito debe tener en Madrid algun pariente, y seria muy del caso decirle en el estado que se halla, y lo mismo decia el bueno del médico, que se ha tomado gran interés en salvar á usted; pero ni él ni yo conociamos á los parientes de usted y no sabiamos qué resolucion tomar.

—¿Pero cómo es que no veo á Margarita?—le dije.

—No hable usted de esa mujer, señorito, es una pícara. Lástima grande hubiera sido que le hubiesen muerto por ella.

—Juana, no me ocultes nada de todo cuanto ha pasado desde aquella terrible noche que la sorprendí en esta habitacion con su amante.

—No tengo ningun interés en ocultar nada, señorito, diré á usted todo lo que sepa.

—Habla.

—Poco despues que usted se marchó con don Pedro el militar, volvió éste. Margarita, al verle, corrió á sus brazos y le preguntó con gran interés si estaba herido. Él le contestó que no, pero que en cambio usted estaba muerto, ó por lo menos mal herido, en el jardin de esta casa, donde se habia efectuado el desafío.

—¡Estamos perdidos!—esclamó ella.—¿Qué haremos ahora?

—Me he batido en regla,—contestó don Pedro,—tengo testigos que lo acrediten, si es necesario; pero no debemos perder el tiempo, mañana al amanecer sale de Madrid mi escuadron, huyamos juntos para no separarnos jamás.

La señorita pareció al principio un poco aturdida, pero se serenó pronto, metió en un saco de noche todas las joyas y objetos de valor y estuvo pronto dispuesta á seguir á su amante.

Comprendiendo yo que se marchaban, les pregunté qué es lo que se debia hacer con el que estaba en el jardin.

—Si ha muerto, nada absolutamente; si le queda alguna vida, arréglate con el médico del pueblo. Afortunadamente, el que queda abajo es rico y no han de faltarle recursos.

Y diciendo esto, dió el brazo á la señorita y salieron de esta habitacion.

—¡Pero ella no dijo nada!—pregunté yo, no pudiendo comprender la ingratitud de Margarita.

—Nada absolutamente. Yo me quedé sola y sin saber qué hacer, hasta que por fin, cogiendo un farol y comprendiendo que lo que hacían con usted era una infamia, bajé al jardín y allí encontré á usted tendido sobre un charco de sangre y sin conocimiento. Inmediatamente corrí á casa del médico á darle parte de lo que sucedía y vino conmigo, le acompañaba también el cirujano y el alcalde, le levantaron á usted, le condujeron á esta cama y se le hizo la primera cura. Afortunadamente usted llevaba algunas monedas de oro en el bolsillo, que nos han sido de mucha utilidad, pues con ellas hemos hecho frente á los gastos indispensables, porque lo que es la señorita y su amante se marcharon sin dejarme ni un solo real. ¡Ah! ¡qué mujeres tan pícaras hay en el mundo!

Yo escuchaba el relato de Juana sin interrumpirla ni una sola vez, creía que todo aquello no era otra cosa que un sueño.

—¿Pero tú no oíste á dónde se dirigían?—le pregunté.

—Aquella noche á Madrid, pero al día siguiente á una provincia lejana, creo que á Cataluña.

Durante dos horas no desplegué los labios, me hallaba como anonadado. La infamia de Margarita no tenía nombre, y sin embargo, yo la amaba tanto, que creo que si la hubiera visto cuidándome junto á mi cama a hubiera perdonado!

Repuesto un tanto de mi aturdimiento y conociendo que no me hallaba en disposicion de seguir á la mujer adúltera y vengarme de ella, me acordé de mis padres, cuyo sobresalto y aficcion debia ser mucha por mi ausencia de dos semanas, ignorando mi paradero.

Entonces pedí á Juana papel y una pluma y escribí á mi padre dos letras diciéndole que me hallaba herido en el pueblo de Villaverde, de resultas de un desafío.

Cuando vino el médico se buscó á un hombre que fuese á Madrid á llevar la carta, y aquella misma noche mis padres, acompañados del médico de casa y de un criado de confianza, se hallaban junto á mi cama.

Yo habia encargado á Juana que no dijera á mis padres ni una palabra de Margarita, y no me fué difícil convencerles de que me habia batido, recibiendo una estocada mortal, y como aquella buena gente que con tanto esmero me habia asistido, ignoraba quién fuese yo, nada habian podido participarles, hasta aquel dia que, recobrado el conocimiento, pude conocer la situacion en que me hallaba.

El médico reconoció mi herida y dijo á mis padres que la cura estaba perfectamente hecha y que la cicatrizacion era buena, asegurando que mi vida no corria peligro.

Mi madre preguntó entonces cuándo podria llevarse-me á Madrid, y contestándole los médicos que era conveniente esperar algunos dias, resolvió quedarse á mi lado para asistirme.

Yo temia que á Juana, que á los ojos de mis padres

pasaba por el ama de la casa, se le escapara alguna palabra imprudente, pero aquella buena mujer se portó de un modo admirable en aquella ocasion. Mis padres no supieron nunca la verdad de aquel desafío.

Cuando me restablecí de la herida, recompensé con largueza á Juana y al médico de Villaverde y me trasladé á Madrid.

Aunque la ingratitud de Margarita habia destrozado mi corazon y hecho pedazos mi alma, yo no podia olvidarla; pero no era el amor el que grababa el recuerdo de aquella mujer en mi mente, sino el odio.

Mi manera de ser sufrió un cambio notable con aquella aventura sangrienta: deseaba vengarme y humillar á todas las mujeres, juzgándolas bajo el mismo prisma que á Margarita.

Una de las cosas que mas me anonadaban era el pensar que me hallaba casado con una mujer tan indigna de llamarse mi esposa, y me aterraba la idea de que mis padres llegasen á descubrir mi secreto.

Comprendí que era preciso borrar todas las huellas que acreditaban mis relaciones con Margarita, y tuve la idea de hacer desaparecer mi partida de casamiento.

Este pensamiento me dominaba, porque temia que Margarita, sabiendo que yo era inmensamente rico, tuviera conmigo exigencias desagradables.

Una circunstancia me favoreció. El cura-párroco de Villaverde, que era muy viejo, cayó enfermo con una parálisis que á sus años era peligrosa.

Creí oportuno aprovechar esta circunstancia, y una tarde hablé con una persona del pueblo y logramos entendernos mediante la suma de cuarenta mil reales.

Arrancar la hoja de una partida de casamiento es muy fácil cuando se puede disponer algunas horas del libro parroquial. El asunto quedó perfectamente concluido, y respiré con mas tranquilidad, pues muerto el sacerdote que nos habia casado en secreto y arrancada la hoja de la partida, era difícil que Margarita acreditara sus derechos.

Despues de eso, con el objeto de restablecer del todo mi salud, mi padre me aconsejó que hiciese un viaje por Italia, y partí de Madrid.

Roma, Florencia, Nápoles y Venecia no lograron borrar de mi mente la idea que me dominaba: una profunda melancolía se habia apoderado de mi corazon, todo me era indiferente, solo el deseo de vengarme turbaba mi sueño.

Un año permanecí en Italia; cuando regresé á España, la guerra civil se hallaba en toda su fuerza, los hombres, estúpidos ó egoistas, se batian de un modo feroz por defender los derechos de sus príncipes, que, lejos del peligro y rodeados de comodidades, se reian de la imbecil buena fé de sus súbditos.

Mi madre que, á pesar de su carácter severo, me amaba con toda su alma, se afanaba en vano por adivinar la causa de la profunda tristeza que me consumia.

La buena señora tuvo entonces un pensamiento que no dejó de darme disgustos mas adelante: pensó ca-

sarme creyendo que el matrimonio pondría fin á mi malestar.

Mi madre, fija en su idea, comenzó á buscar entre las jóvenes de la aristocracia una que por sus títulos y virtudes fuera digna de llamarse su hija, y se fijó en la hija del marqués del Radio.

Daniel iba de sorpresa en sorpresa.

—El marqués del Radio, ¿no lleva el general Lostan ese título?—preguntó.

—Sí, título que pertenece á su mujer.

—¿Entonces la madre de Clotilde...

—Era en aquel tiempo la joven que eligió mi madre para esposa mia; pero yo, aunque habia inutilizado mi partida de casamiento, estaba firmemente resuelto á no casarme jamás, porque era tal la amargura de mi corazón, que solo deseaba vengarme de Margarita y humillar á todas las mujeres de la tierra.

Mi madre, cuando se proponia algo, no cedia fácilmente, y me ponderaba con frecuencia las virtudes de la joven Beatriz de Esquivel y las ventajas de unirme con ella.

La indiferencia con que yo escuchaba los elogios de la joven marquesita irritaban el carácter de mi madre, que habia puesto todo su empeño en que se llevase á efecto la boda.

Habian trascurrido cerca de tres años desde la noche que tan villanamente me habia abandonado Margarita, cuando un dia leyendo la *Gaceta* ví en sus columnas el nombre de don Pedro de Lostan.

Al leer este nombre se inflamó toda la sangre de mis venas, porque habia buscado en vano á mi rival durante mucho tiempo.

Era un parte del boletín de la guerra que referia una brillante accion del coronel don Pedro de Lostan, por la que se le concedia una gran cruz. Decia tambien la *Gaceta* que el coronel se hallaba en Madrid en comision, y esto fué una alegría para mí porque sospechaba que Margarita se hallaria á su lado.

Procuré indagar el paradero del coronel y supe por fin que se hospedaba en una fonda de la calle de Alcalá. Fui á verle y mandé que le entraran una tarjeta; estaba resuelto á todo hasta á batirme segunda vez con aquel hombre que tanto daño me habia hecho.

Bien es verdad que en aquella época miraba yo con indiferencia la vida porque habia perdido la felicidad de mi alma; era un mentecato, pues he reido muchas veces de las tonterías que hice entonces.

El coronel me recibió con la misma indiferencia que si no me conociera; para él, nuestro desafio no habia sido otra cosa que un insignificante episodio de su vida aventurera.

Recuerdo perfectamente el diálogo que mantuvimos durante mi corta permanencia en la fonda.

—Señor coronel,—le dije:—supongo que le causará á usted estrañeza mi visita.

—Hace tiempo que no me estraña ni me admira nada, caballero,—me contestó haciendo un movimiento de hombros;—pero si viene usted á preguntarme por

Margarita, le diré que fué una gran necesidad la nuestra batirnos por ella.

Por estas palabras comprendí que Lostan se habia cansado de Margarita ó que Margarita habia abandonado á Lostan.

—El objeto de esta visita, caballero,—añadí,—se reduce á suplicarle me dé algunas noticias de la mujer que tan villanamente se portó conmigo.

—Eso es bastante difícil, señor vizconde,—me contestó:—hace dos años que ignoro el paradero de Margarita, que se portó conmigo del mismo modo que con usted, y en verdad que me alegro porque era tan ligera de cascos la tal [Margarita, y sabia fingir tan perfectamente, que estaba uno todos los dias andando á cuchilladas por ella, lo cual no era muy agradable, sobre todo para un militar que no le faltan en estos dias ocasiones para jugarse la vida.

—Señor coronel, usted comprende las razones que me asisten para tener afan en descubrir el paradero de esa infame, y yo le suplico, si en ello no cree comprometida su honra y su decoro, me dé algunos antecedentes.

—Con mil amores, señor vizconde,—me dijo;—tome usted asiento, fumaremos un cigarro y hablaremos de Margarita, de la que me habia propuesto no ocuparme en mi vida.

Nos sentamos, encendimos los cigarros y el coronel continuó de este modo:

—Despues del lance que tuvo lugar en Villaverde, como que mi regimiento tenia orden de partir al dia si-

guiente para Valencia y Cataluña, Margarita me propuso acompañarme; yo, que entonces la amaba, acepté gustoso el ofrecimiento. Para comprender que la vida de un militar en campaña no es la mas á propósito para llevar consigo á una mujer, propuse á Margarita que cambiase su traje por uno de hombre, y aceptó con alegría mi proposicion.

Desde entonces Margarita, con el traje de cadete, me siguió por todas partes, pasando á los ojos de mis compañeros por un hermano mio. ¡Ah! ¡parece increíble que el corazon de una mujer abrigue tanta perfidia! Yo tambien, como usted, señor vizconde, tenia fé en el amor de Margarita, pero no tardé en convencerme de lo contrario.

Mi regimiento se hallaba de operaciones en los campos del Maestrazgo. Una tarde, sorprendido mi escuadron por los guias de Cabrera, tuvimos una reñida escaramuza en la que recibí esta cuchillada que me hizo caer del caballo.

Fuí conducido á una casa de campo, donde me curaron, y la primera palabra que pronunciaron mis labios al volver á recobrar el conocimiento, fué preguntar por Margarita, pero nadie me supo dar razon de ella, ó por mejor decir, de mi hermano Antonio, por cuyo nombre fingido se la conocia.

Yo la creí muerta, pero me aseguraron que se habian recogido con gran cuidado los soldados muertos y que entre ellos no se hallaba el cadete Antonio.

Durante mi curacion, no podia borrar de mi memoria á Margarita. Cuando me dieron el alta, y me incorporé

con mi regimiento, supe que el coronel que lo mandaba habia merecido del Gobierno el empleo inmediato y habia sido trasladado á Cataluña, donde se hallaba mandando una division.

Algun tiempo despues supe la verdad de la desaparicion de Margarita. Me habia abandonado por seguir al coronel, con quien estaba en relaciones amorosas hacia bastante tiempo.

Al saber esta nueva infamia, confieso que me enfurecí hasta el punto de pensar en vengarme, pero pronto me tranquilicé pensando que no vale la pena de que se sienta la pérdida de una mujer de tales condiciones. Hé aquí, señor vizconde, todo cuanto yo puedo decirle de la mujer que nos indispuso y la cual me es hoy tan indiferente que ni siquiera me acuerdo de ella.

—Yo no me encuentro en las mismas circunstancias que usted, coronel: tengo que arreglar con esa infame algunos negocios, y desearia saber el nombre de su último amante.

El coronel se encogió de hombros y me dijo:—

—Como usted quiera: el amante que me la robó, ó por mejor decir, por el que ella me dejó, es un inglés, uno de estos soldados legionarios que nos ha enviado la Inglaterra para ayudarnos en nuestra guerra, se llama Sir Bohone, es brigadier y manda una division que debe encontrarse en el reino de Valencia. Esto es todo cuanto puedo decir á usted.

Yo apunté en mi cartera el nombre del brigadier y me levanté, dando por terminada aquella entrevista.

CAPÍTULO VIII.

El tercer amante de Margarita.

Aquí suspendió su relato el conde de la Fé para llenar de ron otra copa y encender otro cigarro.

Daniel, que escuchaba con vivo interés á su protector y que no se atrevia á interrumpirle, esperaba con viva inquietud saber cómo habia llegado á poder del conde la calavera.

El huérfano pensaba que tal vez se habia cometido un crimen, cuyo mudo testigo era el cráneo descarnado que se hallaba sobre el negro mármol de la chimenea.

El conde volvió á decir:

—Me decidí á buscar al brigadier Bohone, porque yo necesitaba vengarme. Partí para Valencia y no me fué difícil averiguar en aquella ciudad el paradero del brigadier. Supe que se hallaba practicando algunas operaciones militares en los pueblos de Cheste, Chiva y Buñol. Busqué dos buenos caballos y un hombre que me sirviera de guia, y salí de Valencia.

La idea de la venganza me dominaba, era en mí una especie de monomanía. Estaba dispuesto á seguir á Margarita hasta el fin del mundo.

En aquel tiempo era bastante peligroso viajar, sobre todo por el camino llamado de las Cabrillas. Saliendo de Cuarte, pueblo cercano á Valencia, comenzaban los peligros, pero afortunadamente llegamos á Chiva sin el menor contratiempo y supe con gran alegría que aquella noche pernoctaba allí el brigadier Bohone y su columna.

Me presenté en su alojamiento, y su ordenanza le entregó una tarjeta mia. Me recibió al instante.

El brigadier Bohone era aun jóven, tenia treinta y ocho años, se hallaba tomando café con unos oficiales y se levantó al verme entrar, recibéndome con suma amabilidad.

Cuando le dije que deseaba hablarle un momento sin testigos, sin demostrar el menor recelo, me hizo pasar á una habitacion inmediata, diciendo á sus compañeros de armas con un acento extranjero bastante marcado:

—Seré con ustedes en breve, señores.

Cuando nos hallamos solos y comencé á indicarle el objeto de mi visita, el brigadier Bohone pronunció dos ó tres maldiciones en su lengua natal, y dijo inmediatamente en castellano claro, aunque muy acentuado de inglés:

—Dispense usted, caballero, si al oír el nombre de esa mujer perdida, me he dejado llevar de mi genio. ¡Oh! Margarita era muy mala mujer; pero ella se lo ha perdido. Yo creí que me amaba, y tal vez al regresar á Inglaterra la hubiera hecho mi esposa; pero tuvo la desgracia de que al volver un día á Valencia algo mas de prisa de lo que podia esperarse, pues nos iba picando

la retirada Cabrera, llegase á mi casa y me encontrara que mi lugar estaba ocupado por un caballerete. Margarita dormía tranquilamente con su nuevo amante, que era un hermoso capitán de artillería. Yo los contemplé un momento. Su sueño era dulce y tranquilo como el de los bienaventurados, y en verdad me disgustaba despertarlos, porque sabía que mi presencia les iba á dar un mal rato. Me senté junto á la cama, dejé mi espada y mi pistola sobre una silla, y cogiendo la máquina de hacer té, que estaba sobre la mesa de noche, me hice tres tazas de ese cocimiento chino que me gusta mucho.

Trascurrieron dos horas, ellos durmiendo y yo tomando té y fumando. Cuando buenamente quisieron despertarse, como yo había encendido la lámpara de la alcoba, al abrir los ojos tuvieron que verme por precisión. Entonces Margarita dijo: «¡Ah!!!» y su amante dijo: «¡Oh!!!» Él se vistió precipitadamente, y ella se cubrió la cabeza con la colcha.

Puedo asegurar á usted, señor vizconde, que fué aquello una escena muy graciosa. El pobre muchacho no sabía lo que hacerse. Se puso los pantalones lo de delante detrás; tuvo que quitárselos y ponérselos otra vez. Se puso la levita y encima el chaleco, y tuvo que quitárselo y ponérselo otra vez. Yo mientras tanto tomaba té y le miraba sin decirle esta boca es mía. Por fin, cuando le ví completamente vestido, le dije:

—Señor mío, usted ha dormido con mi querida sin mi permiso, y es indispensable que nos batamos. Espero que mañana temprano me mandará sus padrinos,—y sa-

ludándole cariñosamente y dándole un apretón de manos, le acompañé hasta la puerta del gabinete.

—Margarita,—añadió el inglés con su acento chapurado y su calma proverbial, que en otras circunstancias me hubieran hecho reír,—permanecía en la cama, y le supliqué que se levantara y se vistiera. Ella fué una tonta, se arrodilló delante de mí, pidió perdón, y como esto no me gustó mucho, le di un *poon-nyay-tath*, es decir, lo que ustedes llaman un puñetazo, que le saltó un ojo, y luego mandé á mi asistente que pusiera en la calle á aquella señora.

Al día siguiente me batí con el amante de mi querida, y tuve la desgracia de matarle. En cuanto á Margarita no la he vuelto á ver mas; pero si usted tropieza con ella, espero me hará el favor de decirle que no tengo inconveniente en darle dinero para que se compre un ojo de cristal.

Confieso, querido Daniel, que el brigadier Bohone me fué altamente simpático, y que á no hallarse mi espíritu preocupado con la idea de la venganza, me hubiera hecho mucha gracia oír el relato de aquella historia trágica contada con acento cómico.

Durante algunos días que permanecí en Valencia, procuré en vano averiguar el paradero de Margarita, y perdida la esperanza de encontrarla en aquella tierra, regresé á Madrid.

Pasaron dos años sin que pudiese olvidar ni un solo día á la mujer fementida que tan infamemente me habia burlado. Mi madre me hablaba con frecuencia de

la marquesita del Radio, pero yo no podia en conciencia aceptar el compromiso de casarme con ella mientras no tuviese la completa seguridad de que Margarita habia muerto, porque temia que un dia reclamara ante los tribunales sus derechos de esposa, á pesar de haber desaparecido del libro parroquial la partida de casamiento.

Una mañana me entró mi criado varias cartas, y al fijar los ojos en una de ellas, me sobresalté creyendo reconocer la letra de Margarita. Rompí precipitadamente el sobre, y efectivamente la carta era de ella.

La desgraciada me escribia desde un lecho del hospital: era una carta llena de arrepentimiento que hizo por un instante vacilar la firmeza del odio que me inspiraba.

Corrí al hospital, y no puedes imaginarte en qué estado encontré á aquella infeliz: para creer que era ella, para convencerme de que tenia delante á Margarita, fué preciso que evocara sus recuerdos, que me contase cosas que solo ella podia saber.

En medio de su desesperacion para disipar todas mis dudas, se destapó el hombro derecho y me enseñó una señal que yo muchas veces habia acariciado con mis besos.

La enfermedad que la postraba en aquel lecho era mortal: era una tisis de la laringe, resultado terrible de su vida licenciosa.

La desdichada sabia que era cierta su muerte, y despues de una terrible y violenta lucha, se habia decidido á escribirme, esperando que la perdonara en su última hora.

—Fernando,—me dijo apoderándose de una de mis manos,—¡ahora probablemente me castiga Dios!... Yo pude ser feliz, y busqué mi desgracia: pude morir en un lecho de pluma rodeada de atenciones y de cariño, y muero en el pobre lecho de un hospital, abandonada de todo el mundo: ¡es justo!... ¡sí, muy justo!... pero perdóname al menos para que mi última hora no sea tan desesperada.

Mi corazón se había encallecido con el dolor, y la escuché mudo, impávido; conozco que en aquel momento fui harto cruel con aquella desdichada, pero ella me había roto en pedazos el corazón y arrancado la fé de mi alma; había colocado en su lugar el mas frío escepticismo.

Separé mis manos de entre las suyas, le dirigí una mirada de desprecio y le dije:

—Dios es justo castigándote de ese modo, tú acabas de decirlo; si no te mata la enfermedad que te consume, te mataré yo: resignate pues con la suerte que te cabe, y no echés á nadie la culpa.

Luego salí de la sala sin volver ni una sola vez la cabeza.

Al día siguiente me asaltó un pensamiento, y me dispuse á realizarlo. Para que ninguna mujer se burlara mas de mi credulidad, me propuse tener siempre delante de mí un objeto que me recordara la historia de Margarita; busqué á un empleado del hospital, hombre sin escrúpulos de conciencia y amante del dinero, porque con él alimentaba los vicios que le dominaban, y le dije:

—Hay una enferma en tal sala.

—Sí, la conozco; es una mujer de la vida airada que se muere de una tisis en la laringe.

—Se llama Margarita Robledo.

—Efectivamente.

—Reclamo de usted dos cosas,—añadí.

—Tendré sumo placer en podérselas proporcionar á usted.

—Una de ellas es la cabeza de esa mujer.

—Mi hombre hizo un movimiento de asombro y se sonrió diciendo:

—Vaya un capricho.

—La otra,—añadí,—es mas fácil; se reduce sencillamente á sacar una partida de defuncion de Margarita, perfectamente legalizada en toda regla.

—¿Pero esas cosas que usted quiere, se entiende que serán despues de que muera?...—

—Sí.

—Eso ya es otra cosa.

—Usted sabe lo mismo que yo, que la vida de esa mujer es corta.

—En cuanto á la partida de defuncion,—repuso el hombre,—nada tan fácil; pero la cabeza...

—¡Bah! el cuerpo de esa infeliz irá, despues de muerto, á la sala de diseccion, se le hará la autopsia, y como su mal está en la garganta, nada tendrá de particular que el estudiante que coja por su cuenta el cadáver, le separe la cabeza de los hombros. Al dia siguiente los mozos recogerán el mutilado cuerpo para llevarlo á la

fosa comun, y nada tan fácil como ocultar la cabeza y traérmela, por la que yo entregaré mil duros. Es un capricho querer tener en mi casa la calavera de una mujer hermosa, y Margarita ha sido en otro tiempo un prodigio de hermosura.

El oro ciega á los hombres, y el que conversaba conmigo era poco escrupuloso. Aceptó mi proposicion, y quince dias despues, vino una noche y me entregó la cabeza de Margarita y la partida de defuncion.

Desde aquel momento me vi libre y respiré con mas libertad. Un célebre disecador estrajo la amarillenta y arrugada carne del cráneo, dejando la calavera tal y como la ves sobre esa chimenea. Y en verdad que es una hermosa calavera, pues conserva juntos y unidos todos los dientes.

Y el conde, levantando la voz como si evocara á una tumba, añadió:

—Margarita, ¡quién te hubiera dicho, en una de aquellas serenas y hermosas noches que en el jardin de Villaverde pasamos juntos entregados á los encantos arrobadores del amor, que tu cráneo con el tiempo serviria de copa para quemar el ron que bebe el conde de la Fé!

Y soltando una carcajada, levantó la copa llena del espirituoso licor, diciendo:

—Por la gloria de tu alma, mujer fermentida y sin pudor.

Daniel sentia un malestar, un frio extraño, una gran opresion en el pecho, necesitaba respirar el aire libre.

El conde apuró la copa, y despues de una corta pausa volvió á decir:

—Ya sabes la historia de mis primeros y últimos amores, porque las mujeres desde entonces no han sido otra cosa que un objeto de lujo, un juguete para entre-
tener y amenizar la monotonía de la vida. El hombre que no las desprecia es un mentecato, porque todo el afan del bello sexo se reduce á burlarse y destrozar el corazon del sexo feo. Debes, pues, hijo mio, ser muy cauto si aprecias la paz de tu espiritu, y ten presente siempre la historia de Margarita.

—Pero creo, si mal no recuerdo, me ha dicho que se batió dos veces mas con el general Lostan,—preguntó Daniel.

—Hijo mio, esas son dos historias distintas que te contaré otro dia, pues hoy me siento fatigado.

El conde de la Fé sabia que al referir la causa de su tercer desafio con el general, hubiera quedado deshecho todo el plan de venganza que germinaba en su mente.

Daniel no insistió mas, tenia tambien ganas de respirar el aire libre, se despidió del conde y mandó á su ayuda de cámara que diera la órden de ensillar su caballo.

Algunos minutos despues, Daniel se dirigia á la Castellana, preocupado con la historia de la calavera.

CAPÍTULO PRIMERO.

LIBRO SEXTO.

Cabos sueltos.

LIBRO SEXTO.

Cabos sueltos.

CAPÍTULO PRIMERO.

El segundo amor.

La vida no es otra cosa que una continuacion de acontecimientos muchas veces inverosímiles.

Edgardo Poe ha escrito una coleccion de cuentos sublimes, cuya lectura interesa hasta el punto de oprimir el espíritu. El relato de Arturo Gordon Pyn cuando naufragó sobre los restos de su buque, vé venir otro buque cuyo timonero es un cadáver que sonríe, porque las aves de rapiña le han comido la carne de los labios, es verdaderamente asombroso y se admira el genio y la inventiva del escritor, pero no es menos terrible el reciente incendio del vapor *América*, historia horrorosa de los anales marítimos que nos han relatado los periódicos.

La imaginacion del hombre nunca combina con tanta grandeza como la fatalidad; porque ella es la musa fatídica y creadora de la desgracia.

Muchas veces se dice: «El novelista es un hombre de imaginacion que crea acontecimientos inverosímiles para impresionar el ánimo de sus lectores.»

Esto no es cierto, porque la novela está en todas

partes, y por grande que sea la imaginacion del que escribe, es mucho mas grande la vida real, lo que llamamos historia, pues nos presenta ejemplos como el de Nerón contemplando las entrañas de su madre, Lot durmiendo con sus hijas y Medea asesinando á sus hijos.

El conde de la Fé se batió tres veces con Pedro de Lostan, y por si esto parece inverosímil á nuestros lectores, les diremos que un amigo nuestro, cuyo nombre no estamos autorizados para pronunciar, se batió cinco veces con el mismo hombre y por la misma mujer, y aunque en todos estos continuados duelos se derramó la sangre en abundancia, el odio continúa, y quién sabe si no está lejano el dia en que por sexta vez, vuelvan á cruzar sus armas: tal es el odio irreconciliable que rebosa en sus corazones.

El conde de la Fé habia suspendido á tiempo el relato de su historia: decir mas hubiera sido una imprudencia, porque Daniel entonces, adivinando el secreto de su nacimiento, hubiera desbaratado los planes de su protector.

Pero nosotros, para mayor claridad de nuestros lectores, creemos llegado el momento de contarles con la mayor reserva, algo de lo que sucedió al conde de la Fé y al general Lostan.

Muerta Margarita, el vizconde de la Fé se creyó libre de los lazos que le unian á aquella mujer que tanto daño le habia hecho, y pudo oir con menos disgusto las proposiciones de su madre, que no cesaba de aconsejarle se casara con la marquesita del Radio.

El vizconde comprendia que le era imposible amar á

ninguna mujer, pero no ignoraba al mismo tiempo que para ciertas clases elevadas de la sociedad el matrimonio no es otra cosa que un contrato conveniente á las familias, en donde el amor no toma parte muchas veces.

Comenzó, pues, el vizconde á mostrarse con Beatriz mas fino, mas galante. Su caballo galopaba siempre cerca del coche de la marquesita y asistia á las mismas reuniones y á los mismos teatros que la noble hija del marqués del Radio.

Beatriz desde muy niña tuvo siempre un carácter serio, grave: habia en ella algo de esa tirantez feudal que infundia respeto.

Decian de Beatriz sus compañeras de colegio que nunca tuvo amigas y por eso sin duda la pusieron de apodo *La niña de mármol*.

Cuando el vizconde de la Fé comenzó á galantear á la marquesita, tendria ésta veinte años de edad.

Su padre, el marqués del Radio, general y hombre político, se hallaba ausente de Madrid, pues al terminar la guerra, el Gobierno le habia confiado una mision diplomática cerca del rey de Francia.

Por fin el vizconde, aprovechando una ocasion, declaró sus pretensiones á la marquesita, que le escuchó con una gravedad impropia de sus años y le contestó:

—Vizconde, cuando venga mi padre puede usted pedirle mi mano.

Esto era una concesion, y Fernando participó á su madre la buena noticia.

Desde este dia solo se esperó el regreso del mar-

qués para pedirle formalmente la mano de su hija.

Fernando, aunque tenia el corazon hecho pedazos, se mostró mas solícito, mas apasionado con la jóven que, segun todas las probabilidades, seria con el tiempo su esposa, y Beatriz, por su parte, perdiendo algo de la gravedad de su carácter, comenzaba á sentir cierta inclinacion hácia el vizconde de la Fé.

Por entonces tuvo lugar un pronunciamiento militar, cosa muy frecuente en España. Se trataba sencillamente de derribar á un Gobierno en donde predominaba el frac y poner otro donde mandara el sable.

Un brigadier, militar aventurero y audaz, habia lanzado el grito de insurreccion y se aproximaba á Madrid con cinco batallones y tres escuadrones de caballería. Llamábase este héroe Pedro de Lostan, pero segun la voz pública, el alma, el jefe del pronunciamiento era el marqués del Radio, que tenia vivos deseos de ser por lo menos ministro de la guerra.

Desgraciadamente es sabido en España que un ministerio donde no predomine el militarismo, tiene poca vida. Causa segura de lo poco medrado que se halla este país, que va pareciéndose á un paisaje de abanico.

La insurreccion triunfó, la reina tuvo á bien llamar al marqués del Radio para que formase ministerio y el marqués se presentó en Madrid á recibir los honores del triunfo.

Beatriz, despues de abrazar á su padre, aprovechó una ocasion oportuna para decirle que el vizconde de la Fé la amaba y que pronto le pediria su mano.

PUBLICACION NOTABLE EN PLENA.

LAS

FABULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, ALFIO GENILO, ETC.

procedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartidas entre todas las que se repartirán en este número.
Cada entrega constará de 8 páginas en folio, perfectamente impresas y clasificadas, ó bien de una lámina tirada aparte.
Para que nuestro libro tenga las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando las principales escenas de las fábulas más conocidas.
A fin de popularizar tan magnífico obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

en folio.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, distribuidas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A LA CANTILLA de todo la entrega.

Imp. de la imprenta de...

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^{as}